



## EL DELTA DEL EBRO

Después del delta del Nilo, al que los faraones miraban de frente, el del río Ebro es el segundo en riqueza biológica del Mediterráneo, el primero de la Península Ibérica y uno de los de mayor importancia del mundo. Al menos eso es lo que se decía cuando yo merodeaba por allí, años ha, solazándome en aquellos fangales con la misma libertad de cualquier criatura silvestre, pues apenas entonces había llegado al paisaje el artificio de un turismo que ha convertido al *Mare Nostrum* en un *jacuzzi* de moda, donde la única concesión a la naturaleza proviene a lo más de algún *top-less*, prueba evidente de nuestra pertenencia al orden de los mamíferos.

Si los ríos son las venas de la tierra y la mar el corazón del planeta que bombea e impulsa la circulación

del líquido vital, el agua, en la que toda criatura sustenta su propio ser, pues polvo somos pero aún mucho más somos agua, podríamos decir con el poeta que el padre Ebro muere en la mar lleno de vida, vida que la mar devuelve a la tierra por medio de los ciclos hídricos y de los fenómenos meteorológicos que todos conocemos, especialmente cuando nos olvidamos el paraguas en casa. Que los ríos son de la mar es también patente para el navegante, que se encuentra en sus singladuras con vertidos fluviales a mucha distancia de la costa, patentizados por un llamativo cambio de color de las aguas, del azul marino nuestro al achocolatado de los lodos y los limos de la tierra firme. En las fotos por satélite se destaca el efecto de los deltas y los estuarios sobre la mar en



La avifauna del delta del Ebro en primavera-verano. (MALUQUER: Ardeola, volumen especial. Madrid 1971).

toda su importancia y magnitud. En el caso del delta del Ebro, su configuración se debe más a la tranquilidad del Mediterráneo que a la propia fuerza y enorme caudal del gran río y, últimamente, a la acción perturbadora del hombre (y de las mujeres), como pronto tendremos ocasión de ver.

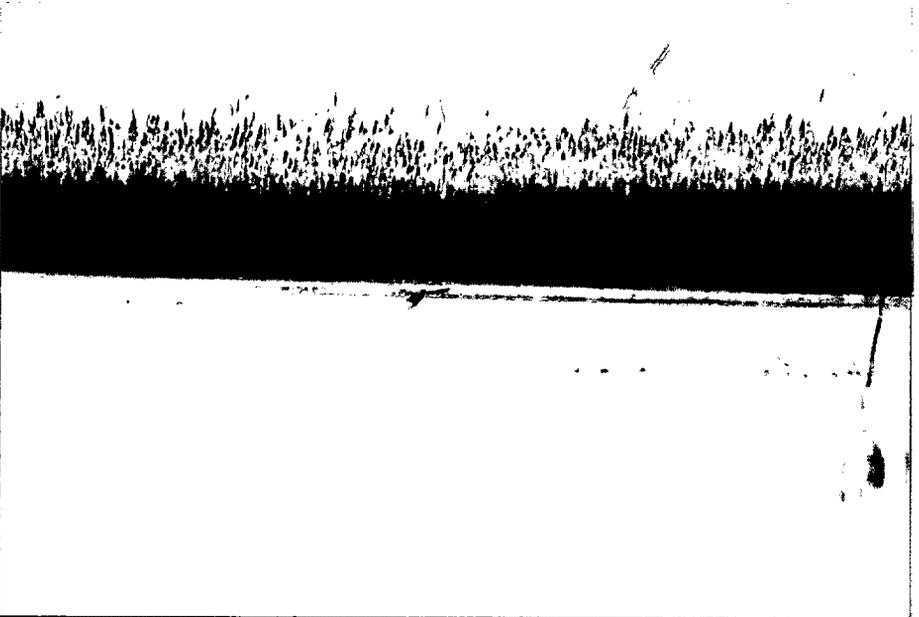
En el siglo XIV el geógrafo árabe Al-Himyari situaba a Tortosa a 20 ki-

lómetros de la mar, al igual que su colega Al-Idrisi dos siglos antes. En el siglo XVI, mientras se estaba formando la península de los Alfaques, Tortosa estaba separada de la mar por una distancia de 25 kilómetros, y hoy día, lo acabo de medir en un mapa, en línea recta sólo se encuentra a 10. A principios del siglo XVIII se inicia la formación de la península del Fangal, con lo que el

delta adquiere la típica forma de punta de flecha con la que ahora lo conocemos, aunque su configuración cambiante, sometida a múltiples fenómenos erosivos, y a la acción de las corrientes marinas y a la impronta del ser humano, le impida ser el mismo por mucho tiempo.

Muy expresiva de esta geología sumamente condicionada por la acción antropogénica es la breve historia de su faro, que se construyó en 1862 en el confín más oriental de la isla de Buda. En el año 1935 la espigada construcción se encontraba cinco kilómetros tierra adentro, pero en 1969 la mar reclamaba sus antiguos territorios y al faro hubo que rodearlo de una rompiente artificial para protegerlo del oleaje, que batía

ferozmente los pies de la imprescindible linterna. ¿La causa?, la construcción de embalses en el curso del Ebro y la instalación de diques y compuertas en su delta para regular los niveles de agua dulce en los cultivos de arroz, dificultando el normal arrastre de las arenas fluviales y el depósito adecuado de sus sedimentos. En la primavera de 1970 el faro de la isla de Buda se había convertido en un islote situado a cien metros de la costa, y en marzo de 1971 se derrumbó, carcomidos sus cimientos por olas, vientos y maretones. Actualmente sus restos se hayan sumergidos a cuatro kilómetros de la playa más cercana, y otro faro moderno le sustituye en la zona norte de la península del Fangal.



Se vivía una feliz conjunción entre el tradicional cultivo de arroz, la pesca artesanal y el latir ubérrimo de la naturaleza. En la fotografía, *Calaixo de Dalt* en la isla de Buda.



En las salinas también crían multitud de lárvidos y linícolas alimentándose de la artemia, un crustáceo capaz de vivir en una salmuera.

Me conozco la desembocadura del Ebro y la reconozco como un imposible que, ¡ay!, ya pasó a la historia irrepentible, como irrepentible puede ser Almirar Barca, por citar un pretérito que me cae bien por lo que de nauta sugiere su nombre. Los científicos y los ecologistas, incluidos los catalanes, claro es, andan un tanto cabreados con la actual política conservacionista que ha convertido el paraíso de antaño en un *remake* humanizado con exceso de visitantes de pantalón corto, visera al revés y



Nidos de gaviota picofina, que en el delta del Ebro tiene la población nidificante más importante del mundo. Poca gente ha tenido la oportunidad de ver estas puestas, debido a su excepcionalidad.

maquina de fotos, *click, click*, que, sin bromas, son la antítesis de una garza poniendo un huevo y hogaño unos planes proteccionistas que están excesivamente condicionados por el turismo masivo y los cultivos intensivos de arroz. La Generalitat de Cataluña decretó, en 1983, la creación del Parque Natural del delta del Ebro en las zonas de pretendido interés ecológico del hemidelta izquierdo, para completar la protección con el hemidelta derecho en 1986, con un total de 7.500 hectáreas de las 33.000 que comprende el delta completo.

Pienso en aquel delta de hace 30 años, en el que se vivía la feliz conjunción entre el tradicional cultivo de arroz, la huerta, la pesca artesanal y el latir ubérrimo de una naturaleza que incluso en sus enormes rendimientos permitía la caza ordenada de aves acuáticas en las enormes lagunas o «calaixos» de La Encañizada, de La Tancada o en la Dalt de la isla de Buda, caza que poco tuvo que ver con el ocaso de un medio natural del que sin el menor atisbo de demagogia, puede decirse que agoniza de progreso, o sea, de las más modernas técnicas de cultivo, de las más prometedoras prospecciones petrolíferas, de la afluencia excesiva e inoportuna de curiosos en los momentos en los que la naturaleza requiere de sosiego para perpetuarse en el imprescindible recato que exige el más transcendental hecho biológico; agonizan con las transformaciones del medio debidas a aterrazamientos y movimientos de tierra que rompen el delicado equilibrio de un sistema tan frágil como es un delta.

Las marismas que circundan la urbanización de Riomar está calificadas como «zona urbanizable». ¡Qué cosas!

Se accedía a la isla de Buda en un viejo transbordador que cruzaba el más senecto y anchuroso Ebro, a punto de dejar de ser el Ebro en la mar sin lindes, y en la ejemplar explotación agrícola de la isla se sentía el alma de una familia, la Borés, que sabía y amaba tantísimo a las aves que se anticipaba en muchos años a la pasión conservacionista y erudita que hoy rodea a todo lo natural. Franch Piñana, gran conocedor del delta y de sus criaturas, era otro de los caballeros que campeaba con su ciencia y su amabilidad por la isla de Buda, cuyo equívoco topónimo proviene en realidad del latín y alude a la «boga», que en castellano es la enea o espadaña, gramínea acuática que caracteriza la flora de aquellos aguazales. En Buda compartí inolvidables jornadas ornitológicas, con distribución de redes japonesas para captura de aves y posterior anillamiento y suelta, con el conocido ornitólogo Martorell, pastor de la iglesia cristiana adventista, y con varios de sus discípulos, unos muchachos y muchachas cuyo sentido de la fraternidad, del respeto mutuo y de su admiración por las criaturas vivientes fueron para mí un ejemplo que aún perdura. Las incursiones en piragua con Martorell entre lo más cerrado de la espadaña, hasta llegar a las planicies donde nidificaba la garza imperial, me permiten decir, con Neruda, que confieso que he vivido.

La conservación del delta del Ebro era objeto de la inquietud internacional cuando el medio ambiente tenía mucha menor estimación que la de hoy, con una actual y prolija legislación proteccionista de la que puede decirse que los tiempos pasados sí que fueron mejores, a la vista está. Europa volvía su mirada hacia este último reducto que, junto con La Camarga francesa, era capaz de cobijar y mantener durante todo el año a la fauna alada más relevante y apreciada del Viejo Continente, incluyendo, en 1963, a nuestro delta, con la «categoría A» (prioridad de protección urgente) en la lista de terrenos acuáticos recogida en el Proyecto MAR para la Conservación y Acondicionamiento de las Zonas Húmedas Templadas.

El delta del Ebro no estaba al oeste del Edén, sino dentro de él. Recuerdo la cantidad de murciélagos que pude identificar y fotografiar sacándolos de debajo de tejas de edificaciones derruidas y abandonadas. Jamás he vuelto a ver tantísimos murciélagos como los de los crepúsculos de Buda, revoloteando nerviosos, cazando las nubes de mosquitos, que me daba a mí, dado su gran número, que estaban todos los mosquitos del mundo allí congregados para entonar sus inquietantes conciertos de violín. También hay una gran diversidad de peces, cerca de 40 especies, destacando entre ellas la madrilla, el fartet y el saramugo, tres endemismos ibéricos que hoy languidecen bajo la acción de los pesticidas empleados en los arrozales, a pesar de ser muy rústicos, pues



Apenas si quedan ranas entre los nenúfares que embellecen el delta.

resisten perfectamente los cambios de salinidad, adaptándose tanto a los charcos marinos como a los embalses de agua dulce recién formados. Entre los grandes ausentes, el esturión y la saboga. Ya no quedan, y ranas pocas.

En el delta había de todo. Allí reptaban las más grandes culebras europeas, las llamadas bastardas, con sus dos metros de largura y su leyenda a cuestas: vinieron desde las montañas, atravesando la mar a nado. Se alimentan de gazapos, que los había y abundantes por los arenales y dunas costeras. Pero la gran riqueza del delta son sus aves. En su interior pueden observarse unas 320 especies (el 70 por 100 de todas las aves españolas), enriqueciéndose su catálogo ornítico, cada día que pasa, con las citas de nuevas aves divagantes y de

rara presencia en España, procedentes de los rincones más impensables del globo.

No anda a la zaga del elemento alado la variedad y abundancia de especies botánicas que, dado el carácter cambiante del medio, cubren toda la transición desde el vegetal marino hasta la planta más austera del secarral mediterráneo. Son las plantas pioneras, que hunden sus raíces en el arenal sedientas de agua, fijando así las volubles partículas silíceas de las playas; son los preciosos nenúfares que se dan muy bien en los «calaixos», maquillándolos con el barroquismo de sus agraciadas flores, entre las que se solean las dos tortugas de agua que allí viven.

Más de cien aves hacen el nido en el delta y muchas con carácter excep-

cional. La gaviota de Audouin asienta aquí la mayor colonia reproductora de España, y la gaviota picofina, la más importante del mundo. Dos especies de charrán, el bengalí y el patinegro, crían en este delta con carácter exclusivo en todo nuestro país. De garzas tan residuales como es el avetoro se han contado «nada menos» que 10 machos, de los no más de 40-50 que se cree que sobreviven en la Península Ibérica. Y así

Mediada la primavera deltaica, los aguazales palpitan convertidos en un inmenso nido, donde el milagro de la vida se repite, recoleto e íntimo, tal como el primer día de la creación. En el verde carrizal renacen las garcetas, garzas reales e imperiales, y también las garcillas cangrejeras, la joya ornítica llegada de África, también abre aquí los ojos al nuevo día de su existencia. Y el mayo y el junio del delta rebosan de pagazas, charranes, cigüe-



No anda a la zaga de la riqueza faunística la variedad de plantas de la zona. En la foto una preciosa jara costera del género *Cistus*.

podríamos continuar enumerando las muchas maravillas y excepcionalidades que han dado tanto renombre a la desembocadura del río Ebro, pero sería inacabable e impropio de un artículo que lo único que pretende es divulgar entreteniéndolo al lector.

ñuelas y avocetas nuevas, y las gaviotas discuten agriamente por sus territorios de cría, en enconadas disputas de patio vecinal. Es la época también de los ostreros, un ave marina litoral de rara nidificación peninsular, y en el charcón cercano a la duna silencio-

sa y desértica lo hacen los calamones, vestidos de zafiro y rubí; las blancas espátulas y los negros moritos, de vez en cuando. Todo el arcoiris de colores y plumajes mezclados en la más genesiaca paleta.

En estos días se encharca el delta con el cultivo del arroz y se renueva el agua de lagunazos y navas, de labajos y marjales. Se renueva también el verdor, que ahora aparece lozano y lustroso porque la espadaña y el carrizo también renacen, cenitales, al bullicio primaveral, y agita a los fustes un oleaje susurrante de tramontanas y la quietud se rompe con gritos de polluelos que en aquel regazo vegetal y maternal reclaman ansiosamente de sus padres el alimento, en un mundo que ha dejado de ser redondo para hacerse lámina

de agua y tierra a trozos, archipiélago verdesciente, entre viejas cabañas de pescadores de anguilas y de lubinas; y sólo rompe la horizontal una única montaña que se vislumbra en el horizonte, que se cree altanera pero que, como la mujer de Lot, es de pobre sal, volviendo su cara a la bahía de los Alfaques y al sin fin de limícolas que también crían en las salinas, alimentándose de la artemia, un prolífico crustáceo capaz de vivir hasta en una salmuera, si fuere menester.

Y pasa el verano, y unas aves se dispersan en sus vuelos primerizos, rumbo a la lejanía, pero van llegando, anticipándose al otoño, las aves del septentrión europeo, las de las pálidas taigas y tundras árticas, miles de patos y de fochas que huyen del tiri-



Pollo de avoceta, un linícola que cuenta con importantes núcleos de nidificación en la desembocadura del Ebro.

tar de sus gélidos hogares, y bajan también las espátulas y los flamencos; de este bicho picasiano, cerca de 40.000 con remite de La Camarga francesa, el otro pantanal mediterráneo fértil en revoloteos multicolores y en blancos caballos cimarrones, cuyas galopadas en la somera marisma, levantando estallidos de agua, hendiéndola en encajes de espuma, son un regalo para la vista.

Va muriéndose la vegetación a trozos de sí misma e incorporando a la tierra unos restos orgánicos que dan una tierra mullida y turbosa donde se cultivan los mejores productos de la huerta catalana. Es el momento de la tertulia con el payés amigo, de darle al porrón que trasluce el vino dorado, el momento familiar de probar las deliciosas ensaladas, nuevas recién alumbradas desde el útero fecundo de la madre tierra, el instante supremo y feliz de saborear la sombra reconfortante de la higuera de septiembre, cuajada de brevas y de mirlos cantarines y golosos. Es una Cataluña que empapa el alma de buenos recuerdos y de sosiego.

Pero empieza otra Cataluña, y otro campo más vertiginoso y desasegante. Al terminar el estío nacen las culebras de agua, que allí son muy numerosas. Vivirán en el final de una selva de arrozales, un pantanal domesticado al que sobrevuelan rasantes los helicópteros y las avionetas dejando sobre la campiña una calima de insecticidas, un silencioso

y denso sopor que no permite más vida que la del arroz. Es la otra cara de la moneda. Se palpa la fiebre de la cosecha, lo acuciante del negocio. El delta está amarillo de la madurez de los arrozces, anaranjado por los carotenos de las plantas que dormirán el próximo invierno, que ya se intuye, desnudos como la luna. Un hervir de gentes y de máquinas pululan por los caminos, se movilizan las cosechadoras y los grandes camiones rugen sobrecargados de mies; es la hora de hacer el agosto en octubre, de soslayar el lirismo del delta y de afrontar la dura realidad del momento, y los arrozales desaparecen tras la cosecha y tras el laberinto de los tratos comerciales y su lugar lo ocupará el espejo vacío de una inacabable marisma. Un año más en la vida del delta terminará cuando en las tablas desecadas se queme el rastrojo, en días de calma. Son días de humos lejanos, de humos perezosos, dormidos en la niebla del amanecer.

Pero medio millón de aves viajeras, concebidas en otras latitudes, nacidas en otras longitudes, rejuvenecen el delta del Ebro, saturando su invierno de vuelos, de colorido, de graznidos y de alientos. Así fue, desde siempre, el padre Ebro muriendo lleno de vida en la mar.

José CURT MARTÍNEZ

